

LA SED

ADRIANA DÍAZ ENCISO

PARAÍSO
PERDIDO

PRÓLOGO A LA REEDICIÓN DE LA SED

Empecé a escribir *La sed* en 1994. Recuerdo con toda claridad cómo se empezó a formar en mi imaginación una primera escena (que terminaría siendo el primer capítulo de la segunda parte) mientras cruzaba el parque México, rumbo a casa de mi amigo Sergio Hernández Francés, una de las personas a quienes dedico este libro.

En esa época tenía una fijación por los vampiros y su don inhumano: la inmortalidad. (Esto era, hay que decirlo, mucho antes de que el tema se pusiera tan de moda, no necesariamente para bien). *Vampiros*, la antología de relatos clásicos sobre las criaturas de la noche editada por Siruela en esa colección magnífica y ya desaparecida que fue El Ojo sin Párpado, con el *Amor y dolor* de Edvard Munch en la portada, era una de mis posesiones más preciadas. Compartía esta obsesión (como tantas otras) con mi querida amiga Rita Guerrero, y fue aproximadamente por entonces que escribí la letra de «Una canción para Louis», un homenaje a la *Entrevista con el vampiro* de Anne Rice, para su banda Santa Sabina. Queríamos también hacer una película, para la que escribimos el guion junto con el director Ricardo Braojos. El filme se quedó en proyecto, pero al igual que una buena parte de *La sed*, tendría como escenario el puerto de Veracruz. Estaba convencida, vayan ustedes a saber por qué, de que dicha ciudad era el hábitat ideal de los no muertos.

Recuerdo esa etapa de mi vida como una de enorme vitalidad y alegría, de luminosidad y esperanza. Es curioso cómo distintas vertientes contradictorias se las arreglan para convivir simultáneamente en la psique humana. Mi pasión por la literatura «oscura» (que no quiere decir necesariamente de terror) era por demás intensa entre toda esa luz, y hay algunos guiños en *La sed* a *Los cantos de Maldoror*, firmados por el Conde de Lautréamont (Isidore Lucien Ducasse), libro que tan vivamente había marcado mi adolescencia, y que ha seguido tocando de vez en cuando mi escritura. Si hago memoria, tratando de explicarme por qué el vampiro me parecía entonces una figura tan atractiva, encuentro la seducción de sus manifestaciones en la literatura de los siglos XVIII y XIX heredera del romanticismo: la posibilidad de vencer a la muerte, un acto transgresor que se consumaba con el más extremo erotismo y que concedía la eterna juventud, tendiendo así también el señuelo de la belleza incorruptible. Mis vampiros, sin embargo, reciben este don como una paradoja, pues más que buscar la inmortalidad, quieren escapar de la vida, o al menos de sus desencantos. La marca de mis personajes en esta novela es un vacío existencial, como si el alma del no muerto los hubiera poseído aún antes de que les fuera otorgada su dudosa virtud. En el encuentro de esa apatía con la agudeza exacerbada de sus sentidos, son sojuzgados por el poder de la belleza, pero su interrogante existencial sigue sin encontrar solución.

Tras un tropiezo editorial que aplazó la publicación de *La sed* por varios años, la novela al fin encontró su casa en Colibrí, sello dirigido entonces por el muy extrañado Sandro Cohen y Josefina Estrada, en 2001. Años después, Colibrí dejó de existir y, con el tiempo, se volvió imposible encontrar la novela; como mis personajes, habitaba ahora el reino de lo inexistente. Es, por lo tanto, muy grande mi alegría de que Paraíso Perdido haya decidido revivirla.

Para escribir este prólogo a su reedición he releído *La sed*, y creo que vale la pena mencionar aquí algunas de las cosas que han llamado mi atención.

La primera fue la violencia. Recordaba el vacío y la búsqueda inútil de sentido en mis personajes; recordaba la oscuridad, la onerosa condena de no poder morir ni ver el sol, la inconsistencia de la frontera entre la vida y la muerte, así como la acentuada manifestación de la belleza ante los ojos de los no muertos, pero no la brutalidad de los episodios más violentos. Eso me sorprendió. La violencia me ha aterrorizado siempre, y su menor indicio me puede paralizar. ¿De dónde, entonces, salió toda esa bestialidad? La verdad es que no lo sé. Los vampiros, claro, son mitad bestias y mitad humanos, y sin duda *La sed* se alimenta deliberadamente de la tradición literaria sobre el tema, pero tengo que admitir que la violencia específica de mis personajes es suya nada más, y no me queda sino rumiar sobre ese misterio de la psique humana, con todos sus recovecos, del que hablaba anteriormente. Una de las prerrogativas del escritor, claro está, es internarse en esos recovecos y sacar los hallazgos a la luz; imaginar la existencia de otros, otras; darles vida y lanzarlos al mundo. En *La sed* crucé con la imaginación la frontera de la muerte; de ese trance nacieron Samuel y Sandra, a quienes ahora miro desde la distancia que da el tiempo, reconociéndolos sin duda, pero también con un poco de temor.

He dicho ya que *La sed* es en buena medida un diálogo literario, y sin duda varios lectores lo reconocerán en sus páginas. Es también un viaje. A bordo del Yun-llara Sandra, Samuel e Izhar recorren el mundo ostensiblemente en busca de víctimas, pero, sobre todo, urgidos por el ansia paradójica de huir de la eternidad y, a la vez, encontrarse con ella. Cuando escribí la novela, conocía algunos de los lugares por los que viajan mis personajes; otros todavía no, y en otros no he estado nunca. No conocía, por ejemplo, Inglaterra, ni imaginaba que me vendría a vivir acá en 1999. *La sed* se publicó cuando ya tenía dos años de vivir en Londres, pero decidí no alterar la visión que había tenido en México de un Londres y un Gunwalloe

imaginados, con todo y sus errores de perspectiva. Aún recuerdo vívidamente esos días en la Ciudad de México en que trataba de reconstruir en mi cabeza un Londres que me había obsesionado, a través de los libros, desde niña, y mis visitas a la biblioteca del Instituto Anglo Mexicano de Cultura, donde elegí Gunwalloe, con su iglesia a punto de ser devorada por el mar, como el asiento imposiblemente romántico de la casa ancestral de Samuel. La mía era una visión quizá un tanto ingenua y sin duda distorsionada de un país que no conocía más que como creación literaria, pero esa perspectiva es un elemento importante en el impulso y la creación de la novela; más artificio habría sido «rectificarla» para adaptarla a lo que llamamos el mundo real.

En esta reedición de *La sed* me ha parecido igualmente importante respetar esa visión y no interferir en la primera novela de la mujer que la escribió hace casi treinta años. Al releerla, la editora que toda autora lleva dentro ha encontrado pasajes que le habría gustado escribir de otra manera; le han alarmado escenas o expresiones que ahora juzga naïf o torpes, y por supuesto la tentación de reescribir algunas partes ha sido grande. Ése es siempre el riesgo cuando regresamos a nuestra propia obra. Sin embargo, fuera de corregir un par de evidentes erratas, dejé el texto tal y como apareció publicado en su primera edición. *La sed* es ese libro y ningún otro; me parece importante respetarlo, con sus aciertos y errores. Ahí nació la novelista en mí, y es además el libro que encontró a sus atentos lectores desde esa primera aparición. Mi gratitud hacia esos lectores y lectoras es grande, y espero que en esta nueva vida que le da Paraíso Perdido encuentre muchos más.

Mi relectura me ha revelado también temas o imágenes recurrentes en algunos de mis libros posteriores, una continuidad en mi imaginación y mis obsesiones que no se limita a un género específico. Aunque *La sed* es una novela de vampiros, y he escrito varios cuentos que pueden fácilmente catalogarse como cuentos de fantasmas, no me considero una autora de literatura de terror. El género —y prefiero la definición más amplia y certera de *weird fiction*— me ha fascinado

desde niña, pero me resisto a las clasificaciones, porque las más de las veces limitan la libertad creativa de la autora y la amplitud de miras del lector. Sin duda casi todo lo que escribo es «raro», pero no creo que pueda inscribirse en un género definido. *La sed*, sin embargo, sí es una incursión consciente y deliberada en la literatura de vampiros, un intento de diálogo con las obras del género que más admiro y, como tal, también una forma de homenaje. En la época en que la estaba escribiendo, e incluso tras su publicación, tal ejercicio no era visto con muy buenos ojos en los círculos literarios, pues el tema era considerado «menor». Décadas después, me alegra ver que ese prejuicio perezoso está empezando a superarse.

Mis fantasías sobre la inmortalidad o, en todo caso, mis reflexiones sobre su atractivo son distintas de las de hace treinta años. La tentación de la eterna juventud exhibe ahora con mayor patetismo su condición de quimera. En la dedicatoria de la edición de 2001 (que aquí conservo intacta), aparecen, *in memoriam*, Sergio y su madre, Mari Tere. Entre los vivos que ahí menciono aún estaba Rita Guerrero. Ahora, Rita ya ha cruzado la frontera, y tampoco están ya aquí Sandro Cohen, editor de *La sed* con Colibrí, el fotógrafo Eniac Martínez, autor del retrato que aparecía en esa primera edición, ni los queridísimos Alí Chumacero y Carlos Montemayor, entonces tutores en el Centro Mexicano de Escritores, que me otorgó una beca para escribir la novela. Tres décadas son suficientes para demostrarnos que la inmortalidad es una falacia, y que la muerte es el eje del orden inmutable de la vida. No queda sino admitirlo, aunque dediquemos al engaño una cierta mirada melancólica.

El mundo ha cambiado desde que empecé a escribir *La sed* en 1994, y desde su publicación en 2001. Ese Veracruz del que Sandra es arrancada para no ver nunca más el sol, y al que yo tampoco he regresado no es—me dicen mis amigos—el mismo. Otras tragedias, innumerables, se han sumado a aquellas que aparecen en las páginas de mi novela (el éxodo de los balseros cubanos, la guerra de los Balcanes). Desde mi perspectiva, ya bien entrado el siglo XXI, la soledad del vampiro

en un mundo en perpetuo cambio, en el que lo único cierto es la muerte de todos aquellos que no han recibido su don/maldición, debe ser aún más devastadora de lo que imaginé al escribir este libro.

Sin embargo, la soledad de mis personajes es honda y tenaz. Quizá el tormento del vampiro pueda reducirse a la insoluble pregunta de la muerte, a la imposibilidad de vencerla aun si se ha ganado la inmortalidad, porque esa transgresión anti-natura carga su propia condena. Lo que hay de monstruoso en el no muerto es tal vez la constatación de su fracaso, ese aberrante no encontrarse en el espejo, la ironía de no ser ni vivo ni muerto ni posible para poder ser para siempre. Quizá la única escapatoria del círculo de la vida y la muerte para los seres como ellos está en la literatura; quizá ese es su reino, esa su única posibilidad de existencia. Que sea la lectura entonces una manera de aliviar su soledad.

ADE

LONDRES, OCTUBRE DE 2022

*a Rita Guerrero,
Ana García Bergua y Verónica Murguía*

*a Sergio Hernández Francés
(in memoriam), que me preguntó por el
vampiro, y a Mari Tere —que ya no
pudo leer mi respuesta—, confiando en
que se han encontrado en esa más
vasta inmortalidad, la verdadera*

*a los muertos y no muertos que asomaron
a la escritura de esta historia*

*con especial cariño,
al entrañable Taller*

PRIMERA PARTE

Vanidad de vanidades, dijo el Predicador;
vanidad de vanidades, todo es vanidad.
¿Qué provecho tiene el hombre
de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?
Generación va, y generación viene;
mas la tierra siempre permanece.
Sale el sol, y se pone el sol, y se
apresura a volver al lugar de donde se levanta.
El viento tira hacia el sur, y rodea al
norte; va girando de continuo, y a sus
giros vuelve el viento de nuevo.
Los ríos todos van al mar, y el mar
no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron,
allí vuelven para correr de nuevo.
Todas las cosas son fatigosas más de lo que
el hombre puede expresar;
nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír.
¿Qué es lo que fue? Lo mismo que
será. ¿Qué es lo que ha sido hecho?
Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo
debajo del sol.
¿Hay algo de que se puede decir:
He aquí esto es nuevo? Ya fue en los
siglos que nos han precedido.
No hay memoria de lo que precedió,
ni tampoco de lo que sucederá habrá
memoria en los que serán después.

I

Intentaba reconocer los rasgos de su rostro en las ondas del agua. Las luces de la calle se reflejaban en el río cálidas, de múltiples colores. De pie al borde del muelle trataba de fijar su mirada en el óvalo translúcido del rostro, en el brillo encendido de sus ojos, la abundante cabellera cobriza que agitaba el viento helado desnudando su cuello y sus mejillas de extrema palidez. Buscaba los rasgos que alguna vez le fueran familiares, deformados por la ondulación del agua que volvía luego a suspenderlos por un segundo en la cresta de las ondas diminutas.

No sabía por qué súbitamente había deseado ver su rostro. Verlo otra vez, idéntico a como lo recordaba, sin haber sufrido en mucho tiempo una sola alteración. De pie sobre la piedra helada en el Quai Saint-Michel, indiferente a la feroz temperatura, absorto en la contemplación de destellos huidizos de sí mismo, nada, ni los ruidos de las calles allá arriba, semivacías a esa hora de la noche, lograba interrumpir la corriente de sus pensamientos.

Estaba ahí, perfectamente lúcido, consciente de los elementos a su alrededor y de los efectos que causaban sobre sus sentidos, viendo el movimiento del agua que no era en forma alguna alucinación o un recuerdo de otros tiempos, escuchando el golpear de las breves olas contra la piedra húmeda. No había poder en el mundo capaz de negar la realidad de su

figura sin sombra inclinada a la orilla del muelle. Si esa noche decidiera contarle a cualquier mortal las peripecias poco ordinarias de su historia, ese hombre imaginario experimentaría seguramente la emoción llamada miedo y, de creerle, daría por sentado que él conocía la muerte. Sin embargo ahí estaba, envuelto en ese único sudario permanente: el tedio.

Con una mirada astuta que desmentía el lánguido abandono de su cuerpo, veía a hombres y mujeres avanzando ciegos pero con paso firme hacia el final: abandonar este valle de lágrimas, suspender la lucha frenética por la supervivencia, por ocupar un espacio entre los objetos del mundo y entre los otros hombres que los volviera inteligibles. Detenerse. No avanzar más. No ser cualquier cosa que se haya soñado en el avance torpe de la existencia, sino parte de esa vasta quietud anterior a todo afán humano, en la que el caos de las pasiones, las emociones más violentas, se diluían en una nada sin matices. Pero a él la muerte no lo había llevado a ese puerto en calma, sino a un torrente infatigable que retornaba siempre al mismo cauce.

En él le había parecido ahogarse tantas veces... El crepúsculo más soberbio podía convertirse, en su repetición constante, en una imagen carente de sentido, fría como una postal. Emplear el tiempo, emplearlo incluso en temer a la muerte, en dejarse paralizar por el terror, en conjurarla con las armas de la superstición, era un recurso inútil para salvarse del naufragio. Que desde los tiempos más remotos los hombres vivieran repitiendo los mismos errores y supuestos aciertos, agitados por las mismas pasiones, amedrentados por los mismos temores, encontrando los mismos vicios y los mismos consuelos y careciendo de respuestas para las mismas preguntas era la condición absurda de cuanto era humano. Todos los signos que los hombres dejaban para sus semejantes de una época a otra, cada uno de esos gestos que en el arte y la obra humanos despertaban alabanzas, no eran sino señales de que el mundo había significado para todos ellos la misma incertidumbre. El embeleso que causaban no era sino la identificación con quien sufre por un mal común. No había nada ahí que *admirar*.

¿O acaso había algo admirable en el puente sobre su cabeza, que no era más que piedra arrancada de su sitio para permitir el paso a la otra orilla?

La gente caminaba sobre la piedra, se detenía a contemplar el río, las luces, las sombras de las torres truncas de la catedral, y contenía el aliento pensándose de frente a la Belleza. Pero no veía más que formas abstractas incapaces de ofrecer consuelo, indiferentes a esas vidas cuyos ecos se extinguían año tras año, a la soledad de los amantes rechazados, a la miseria del mendigo, a la risa frívola que estallaba estridente sobre las burbujas de champaña. El hombre que dirigía el bote que en ese momento pasaba frente a él; la pareja de enamorados que caminaba deprisa a sus espaldas huyendo del frío; los turistas en el *ferry* que oían como hipnotizados la repetición hueca de una historia que salía en inglés por el altavoz, eran igual que muertos: recuerdos, apariciones de lo ya ido.

Una noche, mucho tiempo atrás, con la misma frialdad con que aceptaba que la vida humana no era nada, que mostraría un rostro liso y monótono si se le diera vuelta como a un calcetín, él había buscado la muerte.

Supo entonces que la muerte estaba hecha exactamente del mismo tejido que la vida. Y desde que ese descubrimiento anulara la muerte con incuestionable contundencia, la inmortalidad crecía en su imaginación con la vacía imponencia de una palabra presuntuosa. Los hombres, engañados como estaban en el sordo agitarse de su existencia vulgar, como las cuentas dentro de una sonaja, deseaban la inmortalidad y se inventaban como consuelo la inmortalidad de, al menos, el alma, ya que la del cuerpo —se había comprobado con demasiada insistencia— era imposible. Pero la inmortalidad no era más que la constatación de que el tiempo, pidiendo a gritos ser *llenado*, era hueco y escapaban por su garganta todos los afanes, todos los esfuerzos. Tal vez para la mayoría de los mortales existiera finalmente el consuelo de la inconsciencia, de no saber nunca, u olvidar, lo que él sabía. Pero a él esa posibilidad le estaría vedada para siempre.

Sus oídos sensibles alcanzaban a percibir voces y risas lejanas; eran eco del brillo de las luces que la ciudad arrojaba sobre el río, con un gesto a la vez de derroche y de desdén, como si esa ciudad que en la imaginación de los hombres se erigía como inmortal supiera que la eternidad se gastaba en cada instante de alegría, de embeleso, de desahogo del alma aprisionada, y que esos instantes valían tan poco que podían desecharse sin culpa, sin violencia. Él coincidía con la piedra, con el río, con la calle que absorbía, indiferente, los reflejos de tanta ilusión de imborrable permanencia. Toda ambición humana era ridícula a sus ojos. Pero de la necesidad irracional de los hombres de acercarse a sus semejantes, ni él mismo había logrado librarse.

Alguna vez, descubierto ya el truco de la muerte, se había opuesto a su propia naturaleza: se había dejado arrastrar por una pasión. Y durante años había vivido en esa ilusión exasperada. Aunque la suya era una pasión no correspondida, dolorosa, le había concedido el espejismo de que la materia del tiempo se alteraba, de que algo verdaderamente sucedía en el centro mismo de la vida; de que había en el alma necesidades imperiosas, distintas a cualquier otra, singulares. Creyó entonces que el contorno del mundo se alteraba al fin merced al arte de mantener la mirada fija en un solo objeto hasta aislarlo de su entorno y conocer cada uno de sus rasgos de memoria. La ilusión era tan poderosa que seguía comportándose de acuerdo a sus leyes. Seguía adorando al mismo ídolo, y su pecho se agitaba adolorido ante la imposibilidad de poseerlo.

Nunca sería su dueño. Lo sabía con la misma certeza con que sabía que su amor —¿a qué otra cosa llamaban amor los mortales?— era una quimera, un engaño construido por la debilidad del alma, incapaz de soportar la vida en la pureza de su luz y su simplicidad. También sabía que las certezas, por brutales que fueran, no bastaban para matar al animal dentro de cada hombre; a ese animal que soñaba y que deseaba, que se construía imágenes del infinito porque tenía sed de infinito, porque no había sido creado para comprender que él mismo era la encarnación del infinito, y que ésa era justamente la fuente de su ansiedad.

De pie bajo los arcos oscuros y cubiertos de lama del puente Saint-Michel, buscando inútilmente una imagen de su rostro que se quedara quieta sobre el agua, pensó que si encontrara a alguien con quien compartir esa conciencia su tedio no sería tan absoluto. Alguien menos fuerte que él. Alguien aterrado por la repetición inalterable de la vida, y lo suficientemente herido como para intuir que no había salvación.

Formuló su deseo porque su corazón era tan frágil como el de sus semejantes. Porque conocía profundamente el sentido exacto de la hermandad, de ese reconocimiento tan íntimo que obligaba a los hombres a apartar la vista de los ojos de los otros. Porque, a pesar de todo, a pesar de saberlo casi todo, le era insoportable la soledad.

Pasó frente a él, flotando lentamente sobre el agua, una vieja lámpara de aceite. Estaba encendida y, aunque su superficie mostraba las señales de la herrumbre, ardía con una luz inusitada que lo hizo entrecerrar los ojos. Se preguntó de dónde vendría, impulsada por qué fuerza. Le pareció que en lugar de dos asas de plata crecían en sus extremos un par de alas blancas, fulgurantes, que opacaban las indolentes luces ciudadinas reflejadas en el río. Y le pareció también que la lámpara ardía con la luz de sus propios pensamientos. Levantó la vista, pero nadie se inclinaba sobre el puente señalando la inusual aparición; nadie miraba con una sonrisa agradecida en el rostro esa lámpara de aceite que se deslizaba como un ángel sobre el Sena y hacía palidecer las luces de los pocos barcos que navegaban a esa hora, sugiriendo tal vez que existía un cielo, inaccesible para los hombres pero real; un reino paralelo que simpatizaba con sus penas, con el alma sucia y raída por la culpa que arrastraban todos ellos.

El paso de la lámpara cobró mayor velocidad, guiado por una corriente oculta. La miró alejarse en un desplazamiento silencioso, sus alas blancas arrojando una luz ondulante sobre la piedra, bajo los puentes, hasta que su halo deslumbrante se perdió en la lejanía siguiendo la forma sinuosa del río y la noche volvió a quedar quieta, ahora casi opaca y sumida en la oscuridad.

Pensó entonces que tal vez existía esa alma gemela de la suya, y que, si la encontraba, si podía ser testigo de su sufrimiento, no sería tan grave el peso de su lucidez, tan absoluta la grisura que velaba el mundo para él, que se adhería a las cosas volviéndolas absurdas, aborrecibles. Se vengaría, mirando ese reflejo de su propio corazón, de haber recibido tantos regalos huecos: el de la vida, el de la muerte, el de la pasión.

Tal vez ese espejo le devolvería al fin el retrato de sí mismo, quieto, perfecto y fiel que no podían regalarle las aguas del río.

Son muchas las deudas que tiene *La sed* con otras voces. A través de sus páginas he buscado el reflejo rabioso de Maldoror; tomo prestadas algunas palabras del Corán y del poema «The Hosting Of The Sidhe», de W. B. Yeats. Me alimento, por supuesto, de innumerables visiones de otros que también han seguido las huellas del vampiro, con lo que esta novela hace eco, quizá, a los malos hábitos de mis personajes.

Gracias de nuevo al desaparecido Centro Mexicano de Escritores por su apoyo para escribir esta novela, y a sus primeros editores en la también desaparecida editorial Colibrí, Sandro Cohen (*in memoriam*) y Josefina Estrada.

Es inmensa mi gratitud hacia Sandra Liera y Antonio Marts por su entusiasmo y su cuidado al reeditar *La sed* en Paraíso Perdido, dándole así nueva vida. Gracias también enormes a Ángel Melgoza por ponernos en contacto, y al Ayuntamiento de Guadalajara y Guadalajara Capital Mundial del Libro por volver posible la reaparición de mis no muertos.

Agradezco a Werner Herzog haberme dado en *Nosferatu*, hace infinidad de años, un hermoso talismán para salvarme, justo el día en que abandoné la tumba.

PARAÍSO PERDIDO

©2001, 2023, Adriana Díaz Enciso

©2023, Editorial y Servicios Editoriales
Paraíso Perdidos de RL de CV
Contreras Medellín 783
Guadalajara | México | 44200
info@editorialparaisoperdido.com

PRIMERA EDICIÓN
EN EDITORIAL COLIBRÍ, 2001

PRIMERA EDICIÓN
EN PARAÍSO PERDIDO, MAYO 2023

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Sandra Liera

IMAGEN DE PORTADA
©Ismael Fino

FOTOGRAFÍA DE ADRIANA DÍAZ ENCISO EN SOLAPA
©Lara Matsuk

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Antonio Marts / ANTÍGRAFO

ISBN 978-607-8646-46-3

La impresión de este libro fue posible gracias al apoyo
de la Convocatoria de Coediciones
Guadalajara Capital Mundial del Libro.



IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

PERDIDO PARAISSO

Esta edición de *La sed*
fue impresa en la ciudad de Guadalajara
en mayo de MMXXIII

bajo una luna brillante y creciente
mientras el Yun-llara sigue navegando
en algún punto inubicable del océano.

Desde el puente sus tripulantes
miran la necedad del ego humano
con cierto aire de melancolía condescendiente,
y tú, lector, abrirás estas páginas dormidas
por veinte años para llenarte los ojos de colibríes
como tanto les habría gustado
a Sandro y a Rita.

En su composición se usaron las fuentes
Calluna de 9, 11 y 19 puntos
y **Pill Gothic** de 12, 14 y 26 puntos.



Eparaisoperdido